

fabricaban todas estas armas, así como también los cañones; mas no eran temibles sino á los que pasaban á inquietarles: imponíanlos en el valor militar, los amoldaban á la mas estrecha disciplina, y les enseñaban á burlar las emboscadas, y á guardar como una ciudadela la patria que se habian apropiado; así es que, aguerridos por convicción, se hicieron bien pronto soldados intrépidos, sin retroceder jamás, y dispuestos á reunirse á la primera señal.

El uniforme de estas tropas urbanas estaba regulado lo mismo que el de los hombres, mujeres y niños, y como las horas del trabajo, del reposo, oración y recreo, á medida de la estación y circunstancias. En cada parroquia habia una iglesia que daba á la plaza pública, y cerca la cual habia la morada de los misioneros, una escuela, un gimnasio de canto y baile, y los almacenes y talleres necesarios. Después de distribuir á cada uno los bueyes é instrumentos aratorios con arreglo á sus necesidades domésticas, vigilaban los Jesuitas á los colonos y operarios, que en un principio confesaban con franqueza su caprichosa volubilidad, manifestando sus faltas y deplorando su apatía; pero deseando los misioneros corregirlos de este vicio, que en una congregación tan numerosa hubiera podido acarrear un día el hambre y los desórdenes análogos á ella, condenaban á los indolentes á cultivar las tierras del comun. Estas tierras se llamaban *Posecion de Dios*, y en ellas se adiestraban los jóvenes al trabajo.

Siendo la ociosidad un crimen, convinieron para castigarlo, en establecer en las colonias el uso de las penitencias públicas; inculcándoles como un deber de caridad el amor al prójimo, y haciéndoles de esta virtud una obligación tan solemne, que todos los neófitos se consideraban como otros tantos hermanos, con los que les era muy dulce compartir su pan, sus júbilos y sus tristezas. Los misioneros eran el alma de estas cristiandades; todo se hacia á su señal, y todo se ejecutaba con arreglo á sus órdenes; pero á mas de estos jefes, existian otras dos autoridades, cuyo poder eran los primeros en respetar: el Monarca español y los obispos diocesanos tenian en aquellos individuos unos súbditos fieles, al paso que unos fervorosos cristianos.

La corte de Madrid, que por distintas veces se habia hecho dar cuenta de este prodigio de civilización, no habia querido en un principio exigir impuestos de aquellas colonias; pero luego que

con el trabajo habian adquirido la abundancia, renovando Felipe por medio de un decreto expedido en 1649 el privilegio que eximia á los neófitos de todo otro servicio fuera del suyo, se contentó con que los hombres únicamente desde la edad de diez y ocho años hasta la de cincuenta, pagasen un peso duro por toda contribución, y como para demandarles una prueba de vasallaje. Las elecciones de corregidores y alcaldes que celebraba el pueblo en épocas determinadas, eran sometidas á la aprobación de los magistrados del Paraguay, representantes de la corona de España, siendo siempre dirigidas con tanto tino, que jamás tuvieron necesidad los oficiales de la metrópoli, ó los Jesuitas, de anular el voto popular.

La jurisdicción del ordinario estaba tan perfectamente establecida como la autoridad del Monarca; porque aunque es cierto que solo los Jesuitas habian conseguido á costa de mil fatigas formar este rebaño, para gobernarle religiosamente se consideraban las mas veces como meros instrumentos de los prelados: nada emprendian sin consultarles; no afectaban independencia alguna en el ejercicio de sus funciones; y si alguna vez echaban mano de los privilegios que les otorgara la Santa Sede, solo lo ejecutaban con discreción. Este es un testimonio que no han podido menos de tributarles la mayor parte de los obispos del Tucuman, Paraguay y Buenos-Aires: Convencidos de que para ser obedecido era indispensable dar á los indios ejemplo de sumisión, y eran además demasiado sagaces para no practicar esta máxima, y para no rodear de veneración al que en lontananza aparecia á los ojos de los neófitos como Pastor universal. Hubo no obstante en el Paraguay, Méjico y China, algunos prelados que, como muchos en Europa, se quejaron contra la ambición y deseo de invadirlo todo que abrigaba la Compañía. Estos prelados, virtuosos y llenos de celo, combatian en favor de sus prerogativas, que temian ver vulneradas por la influencia que ejercian los Padres. Como la historia se halla interesada en fallar después de la Iglesia con respecto á estas tristes disensiones, nosotros procuraremos ocuparnos de ellas cuando las llegue su turno.

Si la llegada de un obispo á estas colonias venia á ser una fiesta enteramente cristiana, la de los gobernadores ó comisarios regios imprimia cierto aspecto marcial por la actitud que tomaban las tropas urbanas, á quienes se procuraba mantener en la afición

á las armas, como única salvaguardia contra la turbulencia de sus vecinos y la codicia de los españoles. Mas cuando se presentaba el provincial de la Compañía á visitar las reducciones, parecian multiplicarse los indios para agasajar con mas dignidad al que todos honraban como á su comun padre. Los Jesuitas vivian, por decirlo así, con la vida de sus neófitos: se asociaban íntimamente á sus trabajos, á sus placeres, y especialmente á sus padecimientos, y gobernaban este universo, creado por ellos, con tan paternal sollicitud, que los indígenas ignoraban cómo expresar su gratitud.

« Cuando un Jesuita, dice Raynal ¹, debia llegar á alguna tribu, salian los jóvenes á recibirle en tropel, ocultándose en los bosques situados en el camino, y al acercarse tocaban sus pifanos y sus timbales, haciendo resonar en los aires mil placenteros cánticos, bailando, y no omitiendo nada de cuanto podia demostrar su satisfaccion. Luego que ingresaba en la poblacion, los ancianos ó principales jefes de familias ostentaban un placer mas vivo, aunque mas reservado. Algo mas adelante, se veian las jóvenes y demás mujeres en una postura respetuosa y conveniente á su sexo; y todos reunidos conducian en triunfo á su padre comun hasta el lugar donde debian reunirse: allí los instruia en los principales misterios de la Religion, y después de exhortarlos á la regularidad de costumbres, al amor de la justicia, á la caridad fraterna y al horror á la sangre humana, los bautizaba.

« Como el número de estos misioneros era demasiado pequeño para hacerlo todo por sí mismos, enviaban frecuentemente en su puesto á los mas inteligentes de entre los indios, que orgullosos de un destino tan noble, distribuian hachas, cuchillos, espejos y otras frioleras á los salvajes que encontraban, y les pintaban á los portugueses como afables, humanos y benéficos; y jamás volvian de sus excursiones sin traer consigo algunos barcos, cuya curiosidad al menos habian sabido excitar. Y cuando estos últimos habian visto á los Jesuitas, no podian separarse de ellos; ó si regresaban á sus domicilios, era para invitar á sus familias y amigos á compartir su ventura, ó para mostrar los presentes que les habian hecho.

« Si acaso dudase alguno de estos felices resultados de la be-

¹ *Historia política y filosófica de ambas Indias*, tomo II, pág. 373 y 74.

« neficencia y humanidad con aquellos pueblos salvajes, no tiene mas que comparar los progresos que hicieron los Jesuitas en muy poco tiempo en la América meridional, con los que las armas y buques españoles y portugueses no han conseguido hacer en el espacio de dos siglos. »

Habian echado de ver que las pompas exteriores del culto chocaban la imaginacion de los indígenas de una manera muy viva: así es que nada economizaron para presentar la Religion con todo aquel esplendor que tanto gustaba á sus neófitos. Prestándose á este deseo, les permitieron erigirse templos magníficos, sobrecargándolos de pinturas, y cubriendo su pavimento de flores y verdor en los dias de fiesta. Los Padres les cautivaban por su amor al lujo religioso, y á la par que ocupaban su imaginacion, les desviaban de esos vicios, que son el patrimonio de las clases bajas. Los europeos les prodigaban todos los vinos de España, y los embriagaban con el objeto de enervarlos; pero los Jesuitas consiguieron desarraigar esta pasion, y los indios se privaron en adelante de todo licor espirituoso, « porque, segun ellos, era un veneno que mataba al hombre. » Encerraban sus virtudes y piedad algo de tan extraordinario, que deseando D. Pedro Fajardo, obispo de Buenos-Aires, presentar al Monarca español una idea exacta de ellos, no temió escribirle lo siguiente: « No creo que en estas colonias se cometa un solo pecado mortal en un año. »

Dotados los Jesuitas de aquella inteligencia para dominar á los hombres conduciéndoles á la felicidad de que tienen dadas tantas pruebas; habian establecido tal variedad de placeres inocentes y distracciones piadosas, que se sucedian las generaciones sin pensar en proferir una queja, y aun sin figurarse que fuera de su horizonte existian voluntades culpables y corazones corrompidos. Se limitaban á la atmósfera en que vivian, y siendo para ellos el infinito, no se ocupaban de buscarle en otra parte. Cada fiesta tenia para ellos su pompa, al paso que la Iglesia se las ofrecia ya placenteras ó melancólicas: si en el dia del Corpus seguian con orgullo en pos del Sacramento, recorriendo sus elegantes poblaciones y sus fértiles campiñas, en el de Difuntos acudian, llenos de desesperacion terrestre y de celestial confianza, á derramar lágrimas amargas sobre las tumbas de sus padres: oraban con efusion y cantaban con delicia, porque la música era la única pasion que les estaba permitida.

Mas, para mantener en su deber á un pueblo formado con tan distintos elementos, al paso que conducido á la civilizacion por unos medios que todavía parecen extraordinarios á los ojos de los legisladores, se hacia indispensable usar de severas medidas de prudencia. Los Jesuitas no perdian jamás de vista á sus neófitos, y la vigilancia que desplegaron el primer dia se continuó hasta el último. Establecióse como principio que cada familia deberia retirarse á su morada en un tiempo señalado; y para conservar esta ley en su primitiva integridad, establecieron patrullas, que durante la noche recorriesen las calles desiertas: vigilaban á los indios hasta en su sueño, siendo para ellos un doble beneficio; porque así se evitaba la corrupcion de costumbres, así como al enemigo exterior que pudiera aprovecharse de las tinieblas para hacer alguna irrupcion. Los neófitos no salian de las colonias mas que para el servicio del Rey, y aun para esto iban siempre á su cabeza y en sus filas algunos Jesuitas, que les prohibian todo contacto con los indígenas ó europeos, y que respondian de su virtud delante de Dios, así como ellos respondian de su valor delante de los hombres.

Los Jesuitas habian encontrado en los Guaranis unos sugetos crueles, vengativos, inclinados á todos los excesos y salvajes por naturaleza y por gusto; pero supieron en breve metamorfosear tan admirablemente su carácter é inclinaciones, y cambiar de tal modo en virtudes sus mismas perversidades, que no tardaron en hacer de ellos un pueblo de hermanos unidos bajo sus leyes. El cristianismo tuvo sin duda la mayor parte en esta milagrosa metamorfosis; mas, al paso que se deba justificar la eterna gloria de la fe, seria una injusticia el olvidar que solo á la perseverancia de los Jesuitas ha debido el mundo semejante espectáculo. Porque si el Evangelio les suministró la idea de este gobierno, único en su clase, ellos solos osaron aplicarla. Solos en el mundo han conseguido su objeto. Mientras que los filósofos, los legisladores y los mas famosos teóricos solo enseñan utopías, viendo destruirse sucesivamente sus sistemas, ora como imposibles, ora como ridículos y absurdos, y como corruptores las mas veces de la sana moral; consiguieron los Jesuitas establecer la república de Licurgo, sin los vicios que la manchaban, y sin los ilotas que la deshonoraban para hacer amar la sobriedad á los jóvenes espartanos; especie de falansterio inventado y realizado en el interior de las

selvas virgenes de la América meridional, por medio de la abnegacion creadora de la virtud, y por medio del sacerdocio que inició á los salvajes en la idea de la familia y de los deberes sociales.

Las colonias, cuya organizacion y leyes hemos analizado y recordado brevemente, ocupaban una gran parte de terreno, y en los dias de su prosperidad contaban mas de trescientos mil ciudadanos. El clima era templado; pero las enfermedades pestilenciales ocasionaron mas de una vez horribles estragos. Los Guaranis, y después de ellos los Tapés y los Guananas formaban la mayor parte de las reducciones, sin que esto obstase para que los Jesuitas introdujesen en diferentes épocas tribus enteras, á quienes convertian, tanto en el Paraná como en el Uruguay, ó en los confines del Brasil. Las naciones en quienes no habia aun tenido la sangre mescolanza alguna, eran las que se les prestaban con mayor docilidad. Encerrados en la materia no tardaban en asociarse á un género de vida, que aun en este suelo les procuraba una ventura, cuya posibilidad no hubieran jamás podido vislumbrar aun en sus mas gratos ensueños.

Eran libres, porque eran felices; ricos, porque carecian de ambicion y deseos, sucediéndose todos los dias la oracion al trabajo como un nuevo placer; y tampoco tenian nada que solicitar de los demás hombres, así como ni esperar nada de ellos. Habianles inspirado las tiernas afecciones de la paternidad y piedad filial, y como por otra parte concurría la Iglesia á bendecir su union conyugal, los esposos adoraban á sus mujeres, convertidas en madres tiernas y castas, después de haber sido pundonorosas é inocentes virgenes. Pero el sentimiento que en ellos dominaba á todos los otros, era sin duda el de la caridad. A vista de los pacíficos dias que les habian proporcionado los Padres, estos salvajes, que hallaban una caridad idéntica en las generaciones nacientes de la Compañía, pudieron comprender con facilidad los sacrificios que habian debido imponerse para predisponerlos á la felicidad de que gozaban, y así fue que amaron á sus apóstoles, como un hijo cariñoso idolatra á sus padres; y de aquí provenia la amargura que manifestaban siempre que se trató de cambiar á los misioneros Jesuitas con otros pastores, dispersándose en el mismo instante. Luego que les retiraban á los que les habian enseñado el secreto de la civilizacion, renunciaban á este beneficio, y, pa-

ra no verse precisados á maldecirle un día bajo la férula de otros directores, se internaban en los bosques, y solo conservaban la cruz como un recuerdo de su pasada existencia.

Ochenta y cuatro años van transcurridos desde que el Paraguay dejó de pertenecer al imperio de los discípulos de Ignacio; habiendo cambiado en este intermedio de dominadores sin número, y habiendo experimentado, como toda la América, por mas de una vez, el rechazo de las revoluciones. Se han puesto en juego todos los recursos de la malignidad para desarraigar de sus almas hasta la imágen de los misioneros; y si bien el corazón del hombre se siente mas naturalmente inclinado á la ingratitud, y el beneficio se olvida mas pronto que la ofensa, el nombre de los Jesuitas es aun bendecido en el Paraguay. «Hase hablado con frecuencia, dice un viajero contemporáneo que ha vivido durante «el espacio de ocho años entre las tribus indianas¹, del excesivo «rigor empleado por estos religiosos (los Jesuitas) con los indígenas. Si tal hubiese sucedido, no los tendrían tan presentes «aun en el día; pues no existe un solo anciano que no se incline «con emoción al escuchar su nombre, y que no recuerde con «efusión aquellos felices tiempos, siempre presentes á su imaginación, y cuya memoria se reproduce de padres á hijos, en todas las familias.»

Estos reglamentos, esta policía y esta administracion no fueron obra, cómo ya se deja conocer, de un solo día, sino que fueron obra del tiempo; porque los Jesuitas no improvisaban leyes sin haber antes experimentado su virtud y necesidad. Sin embargo, por los años de 1623 se hallaban ya aclimatadas la mayor parte de sus medidas disciplinarias, al paso que su sistema colonizador, establecido en modestas proporciones, no necesitaba mas que ser aplicado en una escala mas vasta. En esta época del Paraguay, ó mas bien en esta edad de oro, que jamás vió sucederse las otras tres series que marcan la decrecencia progresiva de la felicidad, el P. Cataldino gobernaba la residencia del Guaira y el P. Gonzalez las de Paraná y el Uruguay. Además de estas misiones poseían los Jesuitas algunos otros colegios en las provincias de Tucuman, el Paraguay y el Rio de la Plata: habíanse propuesto educar á los salvajes para que fuesen libres, y supieron inspirar á los jóvenes

¹ Viaje á la América meridional, tomo II, pág. 47, por M. Alcides d'Orbigny.

españoles el interés que se merecían aquellas naciones reunidas en sociedad por medio de la fe.

Si tantas vigiliass y atenciones en nada alteraban el principio del Instituto; tan inmenso poder adquirido á consecuencia de una idea civilizadora no les comunicaba orgullo, ni destruía en ellos la perfecta armonía que debia existir entre las diferentes sociedades religiosas que trabajaban sobre un mismo terreno, aunque no con igual resultado. Los misioneros pertenecientes á las otras Órdenes, que no se sentían con bastante energía para emancipar á sus neófitos, los abandonaban á merced de los españoles, y de aquí nacían diariamente numerosas contiendas y escisiones que interceptaban la acción apostólica. El ejemplo de las reducciones de la Compañía preocupaba el pensamiento de sus émulos, que estaban dotados del mismo celo que los Jesuitas; pero no se aprovechaban de todo el bien que podía practicar su ministerio, y eran demasiado débiles para contrarrestar la avidez de los españoles, contentándose con las súplicas, cuando era preciso luchar con todo el lleno de la constancia y firmeza.

Apenas desembarcado en Buenos-Aires el Jesuita Nicolás Mas-trilli que pasaba á reemplazar á Oñate en el cargo de provincial, cediendo á las instancias del gobernador, D. Manuel de Frias, mandó al P. Romero que ensayase una nueva excursion al país de los Guaycurus. Tres meses después invitaban estos salvajes al Padre provincial á que pasase á visitarlos, como en efecto lo hizo, destinando á los PP. Rodriguez y Orighi para que amaestrasen aquellas naturalezas rebeldes. Queriendo los Jesuitas subyugar á los que no podían civilizar todavía, arrostraban toda clase de peligros, con el objeto de proteger, por medio del prestigio inherente á su nombre, á los pobres indios que abrazaban el cristianismo; y pasando á ser guerreros por humanidad, de hombres pacíficos que eran, marchaban contra los salvajes para vengar la muerte de sus catecúmenos. La tribu domiciliada en el bosque de Itirambara habia asesinado y devorado en 1623 á uno de estos últimos, y no consintiendo los PP. Cataldino, Montoya y Salazar en dejar impune semejante atentado, salieron á su encuentro y los dispersaron. Este triunfo, debido á la energía de Cataldino, les hizo concebir la idea de conquistar á los antropófagos residentes en Guibay. Visitó Montoya sus tribus, en cuya excursion perecieron siete neófitos; sin embargo, estos desastres no modifica-

ron en nada el plan adoptado. En 1625, D. Luis de Céspedes, gobernador del Rio de la Plata, concertó con el P. Gonzalez una expedición á las gargantas del Uruguay.

Parte Gonzalez acompañado del P. Miguel Ampuero y de algunos cristianos, y habiéndose encontrado en el camino con algunas hordas de salvajes, empezó á instruirlos, echando en seguida con ellas los cimientos de otras dos reducciones, que tomaron el nombre de los Tres Reyes y de San Francisco Javier. La de la Candelaria tuvo el mismo origen; pero destruida por un ejército de bárbaros, reunió tres mil Casaappaminas en el Piratini, y les impuso aquel mismo título. Mientras que los tres Jesuitas obraban en estas riberas prodigios de civilización, el Padre Claudio Ruger conducía á la colonia de Santa María la Mayor á los neófitos, á quienes el hambre acababa de expulsar de ella; y como al mismo tiempo creaba el P. Maceta la de Santo Tomás, cedió Montoya al P. Espinosa la custodia de los salvajes, á quienes había reunido bajo la advocación de los Arcángeles. El Padre Mendoza retenía al mismo tiempo en su colonia de la Encarnación á los Coronados ó cabelludos, tribu indómita ó intratable, que, después de haber mirado por largo tiempo la reducción naciente como una batería levantada contra su libertad, habían por fin aceptado el yugo. Estas tribus salvajes, y siempre en guerra abierta con los españoles ó con los naturales, habían inventado mil lazos para hacer caer en sus manos al enemigo; y como por otra parte se habían ocupado los Jesuitas en un principio de rechazar los tigres al interior de las selvas, no hallando estos bárbaros en quien poder experimentar la actividad de sus flechas, se lanzaron en busca de hombres, precipitándose, antes de ser domesticados por los Padres, sobre las reducciones sin orden alguno, aunque no sin un furor sanguinario. Como aun no se había introducido en el servicio militar la regularidad y disciplina, no bastaban á garantizarlos de las invasiones nocturnas, así como tampoco impedían á los holandeses el pasar á sondear los rios, y practicar en estas riberas lo que habían emprendido en el Japon y Brasil.

En el aislamiento de su culto, no poseía el protestantismo los medios de que se valían los sacerdotes de la religión católica: privado de convocar á la vida intelectual por medio de la fe, se veía condenado á la impotencia, y trataba de paralizar al menos la obra que se sentía incapaz de emprender. Los holandeses es-

parcieron por las márgenes del rio una multitud de manifiestos contra la Santa Sede y el Monarca español, fomentando la sublevación entre los indios, para imponerles en seguida la ley de Lutero y el yugo de la esclavitud. Mas esta tentativa no produjo en el Paraguay los mismos resultados que en el Japon: los neófitos indios abrigan mejores condiciones, y como la obediencia debida al Monarca no se oponía á la convicción, corrieron á las armas, é hicieron desaparecer al buque protestante.

No bastaba el número de los Padres para hacer caminar á tantos bárbaros por la senda de las mejoras. Las enfermedades, fruto de las interminables correrías y fatigas de toda especie, diezaban todos los años la Compañía: los primeros apóstoles del Paraguay habían sucumbido; otros agotadas sus fuerzas se veían próximos á morir en la flor de su edad, y faltaban sucesores que continuasen la misión. En 30 de abril de 1628 desembarcaron en Buenos-Aires otros cuarenta y dos Jesuitas, y con este refuerzo pudieron internarse en los bosques los mas antiguos. Mientras que el P. Gonzalez se internaba en el de Caro, fundando en él la colonia de San Nicolás, el 15 de agosto del mismo año se estableció la de la Asunción, no lejos de la primera, confiando su dirección al P. Juan del Castillo. Gonzalez había emprendido y realizado tan grandes cosas, que solo le restaba cimentarlas con su sangre; pero no tardó el martirio en coronar las penalidades de su existencia. Un desertor de la colonia de San Francisco Javier, llamado Potirava, y enemigo declarado de los Jesuitas, después de perseguirlos personalmente con encarnizado odio, trataba de inspirársele á cuantos no habían abrazado el cristianismo, y penetrando el 15 de noviembre de 1628 en la reducción de Todos los Santos, donde se hallaba Gonzalez, y en compañía de los conjurados á quienes había seducido, le tendieron muerto á sus pies. El P. Rodriguez, su compañero, espiró á impulso de la misma maza: y dos dias después sucumbió al mismo género de muerte el P. Castillo: triple asesinato, que pasó á ser el prelude de otros muchos. Sabida esta noticia por los Guaranis, se pusieron en marcha, atacaron á los tráfugas, y después de batirlos en regla, los acorralaron en el fondo de las selvas.

Los Jesuitas no solo tenían que evitar los lazos que les tendían los apóstatas, los cuales no eran muchos en el Paraguay: existía en esta provincia una raza indómita de salvajes, á quienes los eu-